



Vivian Martínez Tabares

La persistencia de un gestor y productor al frente de un equipo de amantes de la escena en acercar “Lo mejor del teatro y la danza del mundo” impulsaron, una vez más, FAE 16, el 7° Festival Internacional de Artes Escénicas de Panamá, empeño que por una semana de cada bienio “procura dignificar y exaltar el trabajo del teatrista y el bailarín, tanto local como extranjero” y “propiciar el crecimiento de las artes escénicas en Panamá” con una programación de espectáculos con énfasis en Iberoamérica, dirigida a públicos de todas las edades y actividades formativas complementarias.

Liderado y curado por Roberto Enrique King, al frente de la Fundación pro Artes Escénicas y Audiovisuales, del 3 al 9 de marzo de este año el FAE reunió dieciséis agrupaciones de once países, nueve de ellas locales y el resto de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Chile, Dinamarca, España, México y Portugal. Fue mi segunda ocasión en FAE y, si en 2014 resentí la pobre presencia de la escena panameña, o al menos, de lo que estuvo a mi alcance ver, debido a que la dinámica de la programación en ocasiones montaba una función sobre la otra y era imposible apreciar cada montaje, esta vez pude apreciar un panorama mucho más favorable, a partir de la mejor organización y de una selección exigente que, presumo, supo encontrar exponentes estimables y diversos de lo que se hace sobre las tablas del país del canal interoceánico y estimular potencialidades.¹

Así también, sin crecer en tamaño, lo que es un propósito deliberado de los organizadores, el Festival movilizó la ciudad y dentro de ella diversos espacios, y defendió sostener los cinco segmentos que viene impulsando desde hace varias ediciones en relación con el esquema de la cartelera: espectáculos internacionales de alto perfil para el

Foto: Aldo Iván Luna Márquez

¹ Ver V.M.T.: “FAE 2014 y la escena panameña: diálogo con los protagonistas”, *Conjunto* n. 172, jul.-sept. 2014, pp. 72-81.

Panamá quererte:

de vuelta al FAE, avance y crecimiento

primer horario nocturno; montajes más alternativos o de búsqueda artística situados en espacios en consonancia con esos propósitos, y dentro de los cuales se insertan los grupos nacionales elegidos; obras para niños con funciones gratuitas para escolares; eventos formativos (y esta vez se sumaron intercambios de cada uno de los grupos con los espectadores, luego de vistas sus presentaciones), y teatro al aire libre, que incorporó a los espacios de representación la Cinta Costera en el Mirador del Pacífico.

FAE 16 representó de ese modo un impulso vital a la escena y a la cultura panameñas por medio de la acción del teatro en dialogo vivo con los espectadores, en un contexto que no suele privilegiar este tipo de empeño, mucho más situado entre operaciones comerciales, transacciones financieras y altos índices de consumo, y donde, como me dijo en 2014 una de mis entrevistadas, debido a la falta de líneas de creación continuas, a la poca importancia que se ha dado a la dramaturgia nacional, a pesar de que la hay y buena, y al trasfondo socio-político que significaron casi cien años de convivencia con el imperio, no llega a consolidarse un movimiento teatral que dé pautas competitivas.²

Pese a todos los desafíos, FAE 16 logró que el público colmara las salas y se hiciera la verdadera fiesta del convivio.

DEL PATIO

Ser parte de los espectadores tan diversos –festivaleros, paseantes, vendedores ambulantes, amas de casa de mercado–, que rodearon el ring de boxeo instalado en plena calle por el Teatro Carilimpia, para presentar *El último asalto*, fue una estimulante experiencia. De pie, en plena Peatonal, frente al Almacén Pico Pico –referencia espacial que indicó el programa del catálogo–, bajo el sol de entre las 3 y casi las 5 de la tarde, disfrutamos del empeño de un grupo que, dirigido por las actrices, gestoras y activistas Maritza Vernaza y Mariela Aragón Chiari, decidió denunciar, en el espacio público y con las armas de un lenguaje teatral que bebe del clown y del legado de Boal con el Teatro Foro la violencia contra la mujer y el feminicidio, que en Panamá alcanzó en 2015 una cifra que rebasa los veinticinco casos.

Los prejuicios que padecen hombre y mujeres, y los estereotipos que transmiten los medios y la familia de una generación a otra, son expuestos

con duro humor corrosivo y se somete a crítica la responsabilidad social a través de la educación, los medios y el ejercicio del derecho, tanto como el rol de la cultura y el papel del individuo en reconocer, poner freno y combatir esa lacra. Actrices y actores, predominantemente jóvenes, se integraron en una acción dinámica para defender la verdad del teatro, capaz de competir con los anuncios de altavoces comerciales y con el tra-siego febril de la calle.

Faltó consumir el Teatro Foro e incorporar a los espectadores a la acción, pero ese es un propósito que las directoras se proponen como próximo paso.

Con visible aliento juvenil y alto sentido poético, el Teatro Rayuela, bajo la dirección de Jhavier Romero, representó *Viaje al sol*, adaptación libre de *El pequeño príncipe*, de Antoine de Saint Exupéry, también a cargo de Romero, y al frente de un trío de actrices –Alejandra Araúz, Diana Mellado y Natalia Beluche– que se integran orgánicamente a tres músicos Alejandro Guerra, Ayrton Blanco, también compositores de una canda sonora original, y Luis Batista–, de fuerte presencia en la consecución de un discurso transdisciplinario que también integra la danza y toma muy en cuenta lo visual.

El aliento humanista de la fábula, en la búsqueda de un mundo inocente, la vocación de construir un imaginario visual sencillo pero impactante en la forma, con diseños de Victoria Mendoza, fascinaron a los jóvenes espectadores, y a los no tanto, que acompañamos la presencia de Rayuela. La propuesta revela la labor de investigación que sostiene la propuesta, en busca de una expresión propia y conectada con la identidad panameña.

Otra mirada joven fue la del Proyecto Actinio, en la recreación de *La señorita Julia*, de Strindberg. A diferencia de los anteriores grupos, con años de trabajo y cierta estabilidad en sus núcleos, en este casi se trata de la unión de tres actores ligados al Laboratorio Teatral de Panamá –Sonia Pérez, Natalia Beluche y Hernán Gariglio– bajo la dirección de Carlos Algecira, para probar un camino en el cual eligen experimentar con un espacio no convencional y mínimo. Una sala bellamente azulada de una casa de la zona colonial en la que funciona el restaurante Las Clementinas, y donde habitualmente se organizan sesiones artísticas, fue el escenario que los actores compartieron con sus espectadores.

En similar cuerda, aprovecharon la puerta de salida al jardín para prolongar los ámbitos de acción

² Ver dentro del trabajo ya citado el testimonio “Alondra Badano: Mucho ruido y pocas nueces”, *Conjunto* n. 172, jul.-sept. 2014, pp. 74-75.

no vistos, pero intuitos, así como una claraboya a otra habitación en lo alto, donde representaron el acto de intercambio sexual.

A pocos pasos percibimos la tensa situación de pasiones reprimidas y violencia entre Julia, Juan y Cristina, y pudimos apreciar casi a flor de piel la asunción que cada intérprete hace de su rol, como resultado de un lenguaje que se centra en el trabajo del actor como eje de la puesta. El equipo supo desmontar la trama y sus implicaciones personales y sociales, los juegos de poder y subalteridad y sus transgresiones. Me tocó compartir la fascinación de una espectadora anciana y hasta entonces virgen de experiencias teatrales, arrobada por la ilusión de la escena.

Otro ámbito privado, el del Hotel Tántalo con espacios como el bar y hasta una habitación fueron invadidos por tres obras de Microteatro, una modalidad que prolifera en la América Latina, presumiblemente por la agilidad y provisionalidad que la sostiene, solucionables con pocos recursos. Actores del Laboratorio Teatral de Panamá nos movilizaron por una hora y con ciertos experimentos tecnológicos, desde distintas aproximaciones temáticas, ligeras y sintéticas, a modo de divertimento.

DE LOS VISITANTES

Tiempos de paz, de Zzin Teatro y Jaho Producciones (Argentina), revive el drama tan actual de los refugiados, a partir de la obra versionada del filme brasileño *Nuevas directrices para los tiempos de paz*, de Bosco Brasil. Dos extraordinarios actores maduros –y profesores–, José Kemelmajer y Gustavo Torres, dirigidos por Daniel Posada, encarnan a un emigrante europeo que llega a Argentina y al funcionario que lo recibe,

por medio de un diálogo en el que cada uno va revelando su personalidad, su historia y la naturaleza de sus respectivos contextos. El encuentro, atravesado por juegos de sentido en los que el lenguaje y la diferencia de idiomas da color y un matiz no exento de humor e ironía a cada pasaje de reconocimiento, deriva en una confrontación ideológica llena de crudeza frente al horror. El racismo, la segregación económica y la represión política son detonantes para reflexionar sobre el mundo, pero también sobre Argentina, su historia reciente y su presente.

La propuesta es minimalista y aún los pocos elementos –un estante alto donde descansa un teléfono, bultos acumulados y alguno más– pasan a segundo plano, tras el enfrentamiento cuerpo a cuerpo entre los personajes-actores, en acciones-reacciones que se suceden y se precipitan en perfecto crescendo.

Si bien las actuaciones son excelentes y la interrelación modélica, hubiera preferido cierta bajada de tono en el juego jocoso con los equívocos del lenguaje, a cargo de ese actor de tremenda presencia que es José Kemelmajer. Enamorado de su rol y conmovido por su drama, a veces acentúa demasiado esos recursos en aras de garantizar la comunicación efectiva, un extra que para nada necesita.



El extraordinario *Otelo*, del grupo chileno Viaje-inmóvil, sedujo al auditorio con su depurada manipulación de objetos y veraz encarnación de los personajes, que no deja de la mano tampoco la aguda perspectiva crítica frente al drama de manipulación, traición e instintos primarios.

Jaime Lorca en su condición de coautor de la versión y director –con Christian Ortega y Teresa Iacobelli–, y actor-manipulador, desarrolla una técnica tan precisa y sutil y tan capaz en la alternancia de los lenguajes visual y oral, que nos crea la ilusión de que simples fragmentos de maniqués manipulados a la vista, son cinco seres humanos enredados en chismes e intrigas que los llevan a la destrucción. Con el modelo de la ballena en el horizonte, cuyo cuerpo completo nadie ha visto, pero lo intuye y lo completa con su experiencia cultural y su imaginación, en nuestra percepción de espectadores de *Otelo* se mezclan la realidad evidente del teatro como ficción y simulacro, más primario aun en el teatro de objetos, y nuestra disposición a creer y a dejarnos seducir por el arte, fascinados por el modo en que nos representan la historia y la impecable ejecución técnica.



Lorca, acompañado por la joven, pero ya experimentada Nicole Espinoza –que remplazó a Iacobelli en su trayecto de embarazo y maternidad–, entran y salen de la realidad shakespeariana, la enlazan con la de las telenovelas y sus burdas pasiones que aletargan multitudes, para que resuenen en sus espectadores para hacernos reflexionar contra los feminicidios de hoy; alternan humor y tragedia, apoyados por la luz



Foto: Eduard Serra

de Tito Velázquez, que crea un clima fantasmagórico de gran eficacia para las transiciones y relevos en la manipulación.

Otro momento climático del FAE fue la presencia de Titzina Teatro, de España, con *Distancia siete minutos*, escrita, dirigida y actuada por Diego Lorca y Pako Merino. Los aparentes aires de modernidad y progreso que comporta la primera escena, con referencia oral acerca de la preparación y los cálculos para el aterrizaje del robot espacial Curiosity, mueven la acción a la trayectoria humana y profesional de Félix, un joven juez, agobiado por absurdas sesiones judiciales, y acosado por una invasión de termitas en su hogar, lo que lo obliga a un traslado temporal a la casa del padre, que se extiende y se complica. La invasión de las termitas llega a nivel simbólico mucho más allá de las paredes y el techo del apartamento del joven, revelando la destrucción de valores y de supuestos pilares en las relaciones familiares e interpersonales, cuando padre e hijo, en convivencia circunstancial, aclaran circunstancias del pasado y descubren cuánto los separa, a la vez que ellos y nosotros comprendemos cuánto de fútil y descompuesto ronda a la existencia de las sociedades desarrolladas en los tiempos que vivimos.

Formados en la Escuela internacional de Teatro Jacques Lecoq de París, Diego y Pako, juntos en Titzina desde 2001, imprimen a su trabajo un estilo minimalista, de economía y precisión en el gesto y gran elocuencia expresiva, que aquí tiene como antecedentes *Folie a deux/Sueños del psiquiátrico*, *Entrañas* y *Éxitus*. En *Distancia siete minutos* ese estilo se completa con el diseño de sonido de Jonatan Bernabeu y el de iluminación

de Miguel Muñoz, efectivos en crear atmósferas de tensión dramática, desconcierto y efectivas transiciones.

En *Olympia*, del brasileño Grupo Teatro Andante, unipersonal concebido y actuado por Ángela Mourão, bajo la dirección de Marcelo Bones, la actriz dialoga con la historia de “la andariega más famosa del Brasil” una mujer legendaria en la ciudad de Ouro Preto, que vivió entre la cordura y la locura, entre el arte y el delirio, lo que rompió las barreras para expresar su parecer en torno a la vida y a la realidad de las cosas.

Llena de expresividad y de gracia, la actriz transita por diversos estados, fantasea, sueña, delira, y comparte sus sencillas, pero agudas reflexiones filosóficas, interactúa con los espectadores e improvisa, se le acerca y los toca. Se mueve del pasado al presente y de la abstracción a lo más concreto e inmediato.

DE DENTRO HACIA FUERA Y VICEVERSA

En las tardes y en alguna mañana del FAE 16 me tocó guiar las sesiones de la Conversa con los artistas, para conocer de primera mano la génesis y el proceso de creación de cada espectáculo, como un modo de ampliarle al público sus horizontes de conocimiento y fomentar una afición teatral. También guie un taller de apreciación teatral que nos sirvió a un equipo de artistas y periodistas para emprender un acompañamiento más especializado a algunas de las puestas en escena del evento.

Otros talleres, de producción, y clases magistrales de danza, fomentaron distintas instancias de superación profesional.

También fui parte del panel Festivales de teatro en América Latina ¿Por qué para qué?, donde tuve la oportunidad de intercambiar experiencias con Marianella Protti, directora del Festival Internacional de las Artes (FUA) y del Festival Nacional de las Artes (FNA), del Ministerio de Cultura y Juventud de Costa Rica; con Daniel Luppo, del Comité Ejecutivo del Festival Internacional de Teatro de la Integración y el Reconocimiento de la Provincia de Formosa, en el extremo norte de Argentina, y con el anfitrión Roberto Enrique King.

FAE 16, en su séptima escala, proyectó la escena de Panamá y la puso en diálogo con parte del mundo, a partir de experiencias centrales –Santiago de Chile, Barcelona– tanto como periféricas –Mendoza, Belo Horizonte–, y acercó a miles de espectadores en un nuevo escalón de crecimiento. ■

